

MARTA SARASUATI

EL ELIXIR
MASCULINO
en la MUJER NUEVA

A ti, mujer inquieta y atrevida, que buscas sinceramente encontrar un sentido trascendente a tu valiosa existencia.

A mis padres, por darme la vida y tantas oportunidades, entre ellas escribir este libro tan importante para mí.

A Aimar y a Mayei, por darle sentido a mi vida y enseñarme a amar.

El elixir masculino en la mujer nueva.

© Copyright 2017. Marta Sarasuati.

Texto e ilustraciones: Marta Sarasuati.

Encuentra a la autora en: www.esferadelflorecerfemenino.es

© Copyright 2017. Editorial CulBuks.

Diseño y maquetación: Editorial CulBuks.

Encuétranos en nuestra web: www.culbuku.com

1ª edición: noviembre de 2017

2ª edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-947124-3-2

Depósito Legal: SE 2221-2017

edicción
www.esferadelflorecerfemenino.es

Este libro se ha impreso utilizando papel procedente de una gestión ambiental sostenible y fuentes renovables. Así mismo, el diseño gráfico ha sido realizado por el equipo de diseño gráfico de la editorial CulBuku, dentro del Proyecto LIFE+ Dedicación de la Compañía de María Bonaventura y Delacalle de las Hermanas de la Cruz de Andorra.



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ningún formato electrónico o físico sin el permiso explícito y por escrito del autor. Esta obra ha sido publicada por su autor mediante el sistema de autopublicación bajo el sello editorial CulBuku, para su distribución y puesta a disposición del público. El titular del sello editorial no se responsabiliza de los contenidos de esta obra, ni de su distribución fuera de su plataforma on-line.

«El amor es un pájaro que sólo puede volar en libertad»

Mayei laez

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
<i>Testimonios de Amaya</i>	15

COMO UN ÁNGEL VENIDO DEL CIELO

La hora de la verdad	25
Despertando a lo trascendente	31
Unos preliminares mágicos	39
Retroalimentaciones de conciencia	51
Pruebas de reactualización	57
Hermandad femenina	65

CONFUNDIDA POR EL PATRIARCAO

Un modelo quimérico	81
Unos ideales anacrónicos	89
Carencia perpetua	97
Cuando suena la flauta	109
Despejando la incógnita	117
Un nuevo modelo del amor en libertad	123

UN DON SUBLIME

Aprendiendo a ser paciente	133
La necesidad de ser amada para poder amar	141
Elevando mi existencia	157

TESTIMONIOS DE OTRAS MUJERES

Recuperar la esencia femenina: <i>Azucena</i>	173
Sólo una mirada: <i>María</i>	181
Sanar mi vida: <i>Macarena</i>	195
Un apoyo que toda mujer merece: <i>Elisa</i>	205





Prólogo

Hace ahora ocho años que comenzó esta aventura, la cual me ha cambiado de manera profunda. Y, siento que no exagero si digo que también me está cambiando definitivamente, por la manera mágica en que he recibido todo y más de lo que llevaba toda mi vida anhelando. Pues, desde el primer instante en que vi a Mayei, y todo lo que me ofreció tras haberle pedido ayuda para maternar, supe que era distinto a lo que hasta entonces había conocido; era diferente tanto a los hombres como a las terapias.

Porque yo empecé a sanar con él con treinta y un años, pero ya llevaba muchos tropiezos e intentos de recuperación. Por las circunstancias acomodadas del entorno en que viví, mis serios conflictos emocionales fueron tratados desde los dieciocho años, aunque no por ello remediados. Cuando me encontré con Mayei, yo ya había pasado por varios psiquiátricos y terapias de todo tipo. Y, aunque eso me había hecho pensar que yo era especial, y que lo que a mí me pasaba era extraordinario, luego comprendí, gracias a él, que es cierto que cada una tenemos nuestras peculiaridades, y que algunas, como es mi caso, somos más dadas a expresar las cosas de manera más abierta, abrupta e incómoda para el resto que otras, que son más sibilinas... Pero, en el fondo, estoy pudiendo comprobar que muchas mujeres sufrimos esa insoportabilidad de nosotras mismas que, no obstante, si se expresa, es más fácil detectarla para poder cambiar.

Reconozco que ese patrón 'tocapelotas' que hoy, a años luz de donde estaba, todavía algunos me señalan, es algo que aún he de acabar de sanar. Pero, si algo he aprendido en este proceso, al compartir con otras mujeres

que, como yo, se han atrevido a dar el paso y pedir ayuda a este hombre (cuyo corazón es más amplio que sus espaldas para afrontar nuestras terquedades, que ya es decir...) es que todas guardamos dentro un tesoro, pero muchas de nosotras lo vamos sepultando por capas y capas de cebolla de cargas generacionales, patriarcales, psicoemocionales y un sinfín de frustraciones, resentimientos y rabia reprimida que, en una medida u otra, nos ha endurecido, nos ha congelado el corazón, y también, sobre todo, el útero.

Y todo ello ha impedido que florezcamos, ha bloqueado que el útero siga latiendo el éxtasis que es natural que, como mujeres, despleguemos, para que, desde ese disfrute, atraigamos la abundancia que se da tras el desarrollo pleno de nuestro potencial.

Y así, convertidas en enjendros robóticos, más o menos adaptados a un sistema erróneo, llegamos muchas veces a la tumba sin haber conocido lo que es ser amadas de verdad, sin expectativas ni promesas; amadas aquí y ahora, nutridas a corazón abierto por un hombre que ha madurado su cualidad masculina y se entrega de manera plena y libre, porque ama a la mujer humana, y es su sentido existencial el ayudarnos a trascender nuestras cargas, para que podamos criar de otra manera y nuestros hijos sean, en el futuro, hombres y mujeres libres, que contribuyan a nuestra evolución como especie y a la recuperación del planeta.

Si he podido observar esto que se da en la mujer hoy día, y por doquier, es porque ahora soy más capaz de ver más allá de mis narices; no como antes, que sólo miraba mi ombligo, y, en mi carencia, a aquellos hombres que deseaba alcanzar, o, mejor dicho, poseer, para poder manipularlos (eso sí, inconscientemente), pero, en el fondo, quería hacerles mis esclavos, para luego, por supuesto, no dejar de quejarme de su torpeza e inutilidad.

Ya en cierto modo lo hacía, como ahora veo que, cada cual a su manera, la gran mayoría de mujeres hace con sus parejas o exparejas... Porque, si al menos separarse sirviera para que se terminara la cosa... Pero, muchas veces, al hacerlo, se sigue odiando, y más si cabe; y ese es un rizar el rizo

muy retorcido que nos ata más aún a ese hombre, y nos pone encima una losa de la cual es muy difícil salir.

Ahora veo la suerte que tuve de que los chicos (no se les puede llamar hombres) que elegía, huyeran de mí; era lógico, pues lo violenta, burda y obsesiva que yo era con ellos les llevaba a soltar su ponzoña cuanto antes, para marcharse luego lanzando dardos envenenados, asegurándose así de que no me volviera a acercarme a ellos. Lo sufrí, y ese dolor me llevó a intentar quitarme la vida en varias ocasiones.

Pero hoy sé, gracias a este proceso que Mayei me está brindando, que eso era lo que necesitaba y que gracias a aquello pude llegar a conocerle: el primer hombre que me está ayudando de verdad. Porque no sólo me ha hecho comprender el porqué de todo ese drama, sino que, además, se ha atrevido a entrar en la raíz del problema, tocando vulnerablemente el tabú —algo que es muy necesario, y que yo no he conocido a nadie, ni de lejos, que lo haga, que se implique a ese nivel, de esa manera tan plena, no porque esté prohibido, sino por lo arduo que es—... Y, tras ver mi tremenda oscuridad, tratarla de frente, con amorosa asertividad, ha sido capaz de poner la otra mejilla, una y otra vez, confiando plenamente en que puedo salir de la vieja inercia. Y, con inmensa compasión, para no secuestrarse con mis patinazos, continúa sacando el veneno de mí, y reemplazándolo con luz, amor y abundancia.

Eso es lo que vengo a contarte en este libro. No que ya está hecho, sino que estoy en el camino de mirarme, de reconocer, de afrontar y poner toda mi energía en cambiar lo que no me sirve por una visión más amplia, menos egótica... Y que estoy dispuesta a seguir hasta el final, hasta soltar del todo la negación que hasta ahora me había hundido, cada vez más, en el lodo más pestilente.

Y, si lo que hasta ahora estoy pudiendo ver y comprender de mí misma, puede servir para que tú también quieras despertar, eso sería mi mayor satisfacción.

En este tiempo, he tenido la dicha de compartir con muchas mujeres que, desde el punto en el que cada una estaba, se han asombrado y alegrado enormemente de lo que les contaba.

De todas ellas, una, llamada Amaya, decidió dar el paso: quiso conocer a Mayei y le pidió que le ayudase a sanar.

De eso hace ya más de dos años y, en este tiempo, ha compartido conmigo dos veces su testimonio por escrito, valorando lo que está recibiendo. Y considero que sus emotivas palabras son la presentación idónea para este libro testimonial, en el que también otras mujeres que están sanando con Mayei, expresarán lo que para ellas está suponiendo esta oportunidad de encontrarse a sí mismas a través de la comunión sagrada con lo masculino, la solidaridad femenina y la crianza consciente.

Marta, 2017



Diciembre de 2015

¡Hola, Marta!

Siento que quiero agradecerte el inmenso regalo que está siendo, para mí, aquello que tú me ayudaste a encontrar.

Fue un dieciséis de septiembre cuando te vi por primera vez, debían ser sobre las nueve de la mañana. Empecé a subir las escaleras de aquel pintoresco edificio público. El ambiente estaba saturado de bullicio: de hombres y mujeres de todas las edades que subían, bajaban, se sentaban y hablaban con mucho entusiasmo. Eran esos aires de comienzo, de expectativa, de reencuentro, cuando la emoción se palpa en el aire.

Todo era nuevo y yo sentía unas ganas tremendas de empezar, de probar, de encontrar aquello que llevaba tanto tiempo buscando. ¿Podría, al fin, ser aquello? Fue ahí cuando te vi, ya en el segundo piso, sentada en un banco, me parece recordar que cruzada de piernas, con un cuaderno y un lápiz en las manos. Era allí, nada más subir, en un gran banco de madera, esa imagen quedó grabada en mí. Me llamaste mucho la atención, Marta, y eso que había mucha gente alrededor, mucha gente que buscaba justamente llamar la atención a través de su ropa o de exagerados gestos y tonos de voz.

Tú, sin embargo, me llamaste la atención por otra razón; una razón mucho más fuerte, potente y trascendente, que, con el tiempo pude comprender, gracias a que, justamente tú, me ayudaste a encontrar aquello que yo buscaba, y ya estaba en ti. No fue, en realidad, aquella la primera vez que nos vimos. Hubo otras anteriores, intuyo que incluso más de las que recordamos... Porque me doy cuenta, Marta, de que llevaba toda la vida anhelando aquello que ibas a compartir conmigo. Lo buscaba des-

esperadamente, inconscientemente, indiscriminadamente, metiéndome, en mi afán por encontrar, hasta en los más oscuros charcos de lodo.

Siento que, tal vez, habría sido mejor encontrarte aún antes. Porque te encontré pronto... Y, sin embargo, en ese tiempo antes de encontrarte, ya me había enredado con hombres inconscientes, violentos, egoístas y masturbatorios, a los que yo elegía, en una terrible angustia, para llenar el vacío que sentía en mi interior. Cada una de esas relaciones significó una estaca dentro de mí. Sumada a toda la demás angustia que absorbía de mi alrededor (mi drama familiar, amistades hipócritas, mentiras, condescendencia...), y que, en mi cuerpo, se iban acumulando en forma de un terrible bloqueo.

Me dijiste que veías una gran tristeza en mí en aquellos primeros encuentros. Yo entonces no lo veía. ¿Cómo iba a darme cuenta, si, en realidad, todo lo que hasta entonces conocía reflejaba esas mismas caras lánquidas y carentes? Sin embargo, Marta, nos encontramos. Ahora puedo empezar a verme como me veías tú, puedo sentir cómo era antes.

Porque toda esa basura empezó a salir de mí a partir del momento en que tú me tendiste la mano, y uniste la mía con la del hombre que también a ti te estaba sanando. ¡Oh, Marta, muchas gracias! Me siento tan bien ahora, tan nutrida, amada, plena, contenta... Cada vez queda más atrás esa vieja tristeza, esa vieja mujer angustiada y aprensiva que era... Y siento nacer de mí una mujer nueva, plena y gozosa, dispuesta también a tender la mano a otras mujeres, para que se unan a nuestro gozo.

¡Es tan fuerte lo que estamos recibiendo! Y lo mejor es que es infinito... Pues la energía del hombre que nos ilumina es inmensamente abundante, como la de un gran sol. Siento que lo mejor es, además, que cuando nos hermanamos, cuando nos tendemos la mano entre mujeres, esa abundancia nos llega aún mejor. Se disuelve la vieja rivalidad entre nosotras, el codazo, el taconazo...

Cuando comenzamos a comprender que la abundancia que a todas nos llega de ese hombre, nos llena plenamente desde el primer instante, lo que otras mujeres reciben comienza a significar una enorme dicha para

nosotras mismas. Porque nos solidarizamos, y empezamos a sentirnos realmente contentas con el contenido de la otra, que se convierte en nuestro propio contenido. Así es, también, como me estoy empezando a sentir yo contigo, Marta. Porque, además, tú compartiste conmigo, y, si no fuera por eso, ahora podría seguir pudriéndome en la carencia.

Porque carencia es de lo que él nos libera: de ese estado de neurosis a la defensiva, del miedo que supone el creer que podemos perder... Porque él ya nos lo ha dado todo. Desde la primera mirada. Y, cada nueva mujer que también recibe, es una aliada y compañera de gozo, como podemos ser tú y yo ahora.

Marta, me doy cuenta de que eres mi primera amiga real; la primera mujer con la que puedo ser plenamente sincera; con la que puedo compartirlo todo: viejas cargas que aún salen, y, también, la dicha. Porque ambas estamos compartiendo lo más sagrado.

Tal vez le resulte difícil imaginar a una mujer que escucha esto de primeras, que un hombre así, tan plenamente consciente y luminoso, pueda realmente existir... Que esté dispuesto a donarnos su energía, amorosamente, en cuerpo y alma. Y que podamos recibirla, hermanándonos, entre mujeres. A mí también me costaba, cuando comenzaste a hablarme de él. No me imaginaba cómo podría ser, porque nunca había visto nada semejante, ni de lejos.

Todo lo que había vivido habían sido relaciones frustrantes con hombres tan perdidos como lo estaba yo; que me chuleaban y movían una gran dependencia en mí. Algunos me hacían sentir utilizada, como un objeto. Y a otros los trataba yo como a peles incompetentes. Nunca había conocido a un hombre al que realmente respetara y en el que sintiera que pudiera confiar plenamente.

Por eso, al principio, me mostraba un poco reacia a lo que me contabas del hombre que tanto te había ayudado. Me parecía una patraña, una ilusión, amor platónico, porque era eso lo único que yo conocía. Sin embargo, sentía, a la vez, un impulso irracional, una fuerte intuición de que aquello que me contabas (aunque me pareciera imposible), era justa-

mente lo que yo necesitaba, lo que llevaba toda mi vida buscando. Si hubiera sido por mi desconfianza y los tremendos juicios que emitía mi terca mente, nunca hubiera cogido la mano que me tendías. Siento que fue ese anhelo esencial de mujer, de recibir a un hombre, un hombre consciente, lo que, desde dentro de mí, abrió una grieta de vulnerabilidad.

Fue así como te empecé a escuchar con mucho interés; porque lo que de él me transmitías, hacía vibrar algo en mi cuerpo de mujer, más allá de los apegos viejos que aún mantenía. Fue así como también me atreví a acercarme a él, cuando llegó el momento, por la plena confianza que me transmitía y sentía inequívoca. Era desde el cuerpo, un sentir muy fuerte, una clara intuición. No podía negar con la mente lo que en mi cuerpo tan nítidamente sentía.

¡Cómo me alegro de haberme atrevido, Marta! Ya se ha dado tanto desde ese momento... Siento que he soltado ya tanto de lo que me ofuscaba, de lo que me angustiaba y entristecía... Me siento ahora una mujer cada vez más plena y segura, tomando las riendas de mi vida y la responsabilidad de mis decisiones. Ahora sé que puedo ser una mujer liberada y gozosa, pues hay un hombre que me transmite su incondicional confianza, y una hermana, una verdadera amiga, con la que compartir de forma sincera y empática.

¡Gracias Marta, por compartir conmigo! Y gracias al hombre que lo está haciendo posible, porque sin él, siento que esto no habría siquiera empezado. ¡Gracias!

Un abrazo de gozo hermanado,

Amaya, 21 años

Abril de 2017

Hola, Marta.

Releyendo la carta que te escribí ya hace más de un año, ahora puedo ver mejor la prepotencia con la que me expresaba... Veo muchas cosas que decía desde la mente, creyéndome sobrada de todo. Y ahora estoy dándome cuenta de que aún no las he trascendido para nada. Ahora quiero escribirte un testimonio más real, más humilde y menos grandilocuente; que nos ayude a acercarnos entre nosotras, y a las mujeres que lo lean, de tú a tú, de mujer a mujer.

Aún no he sanado mi rivalidad femenina, ni tampoco mi desprecio al hombre. Siendo sincera, puedo observar, en la relación con mi padre y con mi madre, que aún me queda mucho por soltar de mi vieja prepotencia, desprecio, asco, terquedad, tiranía, victimismo... Aún sigo compitiendo con mi madre por quién hace mejor las cosas y aún sigo señalándole a mi padre sus descuidos como si fuera un niño... Sin embargo, siento en mí una clara pujanza por parar. Primero, en la relación con mis referentes masculino y femenino, pues cada vez veo más claro que sólo así podré soltar mi resentimiento hacia todo ser humano...

... Aunque, sobre todo, hacia mí misma: tanta culpa, vergüenza y miedo encubiertos. La inercia es muy fuerte, pues son atávicas las cargas y patrones inconscientes que arrastro, repetidos muchas veces, hasta quedar grabados en mí, transferidos de generación en generación; y además, aún le había dado más vueltas de tuerca con mis propias elecciones. Sin embargo, siento que estoy dando pasos, siento que estoy saliendo de ahí; al menos, cada vez me veo más, cosa que antes estaba a años luz...

¿Recuerdas cómo iba de buena, de que yo nunca hacía nada y eran siempre los demás los desconsiderados? Pues ahora, sólo gracias a la incommensurable energía que estoy recibiendo de un hombre maduro, al que he pedido sanar, que me ha dicho SÍ a pecho descubierto, y me está ayudando con todo su ser, estoy pudiendo comenzar a liberarme de mi vieja miseria. Mientras, una nueva mujer, fresca y gozosa, asoma desde mis entrañas... Ese hombre, joven y libre, del que tú me hablaste, Marta, que a ti también te está ayudando de la misma manera, con todo su ser...

Por eso quiero dejar claro en este nuevo testimonio, que todo lo que siento que puedo compartir con otras mujeres, es tan solo mi vivencia y mi propio proceso de sanación. Quiero hablar de las innumerables bendiciones que he recibido de este hombre, entregado a la sanación de la mujer (y, por extensión, de todo el planeta), al que hemos pedido ayuda para transitar de nuestros viejos estados neuróticos a ser mujeres abundantes y gozosas. Día a día, recibiendo una inmensa energía liberadora y nutridora de él, que continúa haciéndonosla llegar a manos llenas, día a día, recibiendo su conciencia, para darnos más cuenta de nuestros viejos patrones inconscientes, hacernos responsables de ellos y soltarlos... ¡Yo no los quiero más! ¡Es esa pujanza la que puedo y quiero compartir!

Yo no me siento quién para decirle a otras mujeres lo que han de hacer, lo que han de soltar o dónde están errando, pues yo también estoy en proceso de descubrirlo, integrarlo y practicarlo. Ya he metido muchas veces la pata, poniéndome por encima de las demás. Pero ya no lo quiero hacer más... Lo único que puedo observar en las demás son las cargas que yo misma también estoy sanando... Y, por tanto, si alguna se abre a ello, puedo compartir lo que estoy descubriendo en mí misma. Sobre todo, compartir lo inmensamente generoso y compasivo que está siendo él, el hombre que nos está ayudando a sanar: Mayei... Se requiere mucho coraje masculino para ver nuestra gran sombra desde el principio y aún así, atreverse a tendernos la mano; entrar con nosotras en nuestra miseria para impulsarnos a salir de ella... Con todo su ser, con toda su paciencia, amor y entrega plena.

Siento que, contigo, Marta, también estoy aún en proceso de hermanarme; pues, como te decía, todavía estoy sanando mi vieja rivalidad con la mujer... Sin embargo, es cierto que el vínculo que nos une, sí que es inquebrantable, pues siempre serás tú la primera mujer que compartió su proceso de sanación conmigo, para que yo también tuviera la oportunidad de acercarme al hombre que te tendió a ti la mano... ¡Siempre te estaré agradecida por eso! Siento que es un vínculo muy potente, que me está sirviendo de impulso para soltar mi rivalidad femenina.

Anhelo disfrutar juntas de lo que ambas recibimos, llegar a integrar, de verdad, que lo que tú recibes, también a mí me beneficia, y viceversa,

¡pues la sanación es transpersonal! Podemos dar los pasos hacia la responsabilidad, el agradecimiento y el gozo juntas; a la vez que soltar lo viejo a lo que aún estamos apegadas, estimulándonos la una a la otra desde la compasión y la humildad. Hermanarnos, en lugar de tirar la una hacia abajo de la otra, o generar alianzas de enganche a lo viejo, como muchas veces hemos hecho... Llegar más allá de la comprensión mental e integrarlo en el cuerpo, poner energía en practicar...

Necesito soltar la vieja carencia que tanto he mascado; la ansiedad, la desolación y el desprecio, que era lo único que había recibido de los hombres, antes de conocer a Mayei. Elegía a hombres que me machacaran, y para machacarlos yo a ellos, en mi enganche al victimismo. Hombres que me trataran con desprecio, como a una prostituta, hacia los que sentía un tremendo resentimiento. Pero, sobre todo, odio hacia mí misma por seguir buscándolos...

También, hombres pusilánimes a los que vapulear vengándome, y que me despreciaban de las formas más retorcidas y sutiles, en un supino enredo, como en esos matrimonios de mayores en los que se masca el odio en el ambiente en tono de broma, y, sin embargo, siguen juntos... Me sentía muy vacía, con unos y con otros. Jamás había encontrado a un hombre real, con el que realmente sentirme amada, abrazada, cobijada, amparada... Llevaba ya mucho tiempo buscándolo, y, en el camino, dañándome más y más. Pero, al fin, gracias a que tú me hablaste de él, ¡ya lo he encontrado!

Tal y como este hombre nuevo nos ama con plena aceptación, compasión, paciencia, confianza y amor, disponemos del inmenso impulso que nos aporta para liberarnos nosotras también y dar el paso, de su mano, hacia un nuevo estado de mujeres plenas y gozosas.

¡Yo quiero, Marta! Anhelo con todas mis fuerzas dar el paso. Y, recuperando mi corazón, que va descongelándose, voy desplegando mi compasión. Y también el anhelo de que más mujeres dispongan de esta inconmensurable oportunidad de conocer a un hombre como Mayei.

Con una sonrisa desde dentro...

Amaya, 23 años



COMO UN ÁNGEL VENIDO DEL CIELO


*«... pero Miguel, uno de los ángeles príncipes más altos,
vino en mi ayuda».*

Daniel 10:13





La hora de la verdad


 legamos a la fiesta cuando ésta estaba en pleno apogeo. Nos habíamos entretenido porque una de las anfitrionas había preparado arcilla verde y nos estuvimos pintando. Me encantó la suavidad con que Mayei fue extendiendo la arcilla sobre mi cara con sus dedos. Después, entramos en una sala en penumbra, en la que todo el grupo estaba bailando, y, tras estar allí bailando un rato, salimos al jardín, donde había un gran saúco, bajo el cual dos sillas solitarias nos esperaban. Era mediados de mayo y la temperatura de la noche acompañaba a la perfección.

Yo me sentía, más que nunca, como si fuera la protagonista de una película, aunque, al contrario que otras veces, las miradas de la gente no me dolían. Siempre había sufrido cierta manía persecutoria y una sensación perpetua de ser criticada. Sin embargo, ahora comprendo que la compañía de Mayei borraba toda posibilidad de mal de ojo. Todo lo contrario, esta vez sentía que había respeto en el ambiente, y pude despreocuparme de las miradas ajenas. De hecho, ni siquiera sentí vergüenza cuando, tras pedirle permiso, me senté a horcajadas en su regazo.

La manera fresca en la que él accedió me hizo volver a sentirme amparada como una niña pequeña, flotando en un éxtasis gozoso que me proporcionaba un profundo consuelo, y con el cual, sin yo aún saberlo, estaba nutriéndome con su luminosa energía y vibración amorosa, comenzando así a sanar a mi niña herida. La comunicación entre ambos siguió fluyendo con franqueza, y fui confesándole los motivos que me habían llevado a aquella ecoaldea. Le hablé de mi aborto a los dieciocho años, de mi esquizofrenia, de la insoportabilidad de mis relaciones, de las ganas de huir de

mi familia y de la vida postiza que ésta me había dado. Le comuniqué que ya había pedido el finiquito en mi trabajo y que estaba decidida a quedarme embarazada y marcharme a parir al sur para no volver a ver más a mis padres. Me sentí tan cómoda, escuchada y comprendida en todo momento que, de repente, vi claro preguntarle si él podría ayudarme.

Le expresé abiertamente que mi intención era ser madre soltera y que nunca le pediría nada. Mayei respondió sin dilación, expresándose con naturalidad que él es un hombre fértil y libre, dispuesto a donar su semilla si intuye que esto puede servirle a una mujer para sanar su vida. Al oír aquel «Sí» con mayúsculas, un profundo regocijo surgió en mí. Me apresuré a contarle que ya se lo había pedido antes a cuatro hombres, y que, sin excepción, me habían dicho que no. Tres de ellos, supuestos amigos desde hacía años, hombres tóxicos, inmaduros y carenciales, resentidos conmigo con razón, por mis modales de energúmena, y que no se habían compadecido un ápice de mí, arguyendo, cada uno a su manera, una negativa que fue una rotunda patada en el culo, a modo de alarde egótico. Y el último, con el que pasé una noche en el camino de Santiago, me dijo que un polvo sí, pero que ese favor no podía hacérmelo, porque ya tenía cuatro hijos con su mujer. Y aún así, estaba tan perdida, que no le mandé el carajo y mantuve esa relación sexual con él, desde mi carencia y mi morbo, sintiéndome además muy frustrada y rabiosa, al ver cómo había sido utilizada, cuando al día siguiente, en el desayuno, no quiso ni que le saludase, para que sus amigos no se enterasen del asunto.

Cuando vi que aquel Sí iba realmente en serio, me alegré inmensamente de ser tan sincera, y no tener la picardía que siempre me dijo mi madre que me faltaba, criticándome porque, según ella, estaba «cosiendo sin hilo». Porque, según Mayei me expresaría, fue precisamente gracias a mi franqueza que pudo acceder. Ya que, si él hubiera percibido por mi parte una estrategia para manipularle, me hubiera dicho que no abiertamente. Así que, si yo no hubiera actuado con esa honestidad, me hubiera perdido el inconmensurable beneficio que iba a suponer para mí su ayuda. Pues, aunque a mí me pareciese que ya casi había llegado al final de aquel viaje, la aventura no había hecho más que comenzar.

El desbloqueo interno

Aquella noche sería el comienzo del renacer que llevaba tanto tiempo esperando. Incluso, aunque después de aquello no hubiera vuelto a ver a Mayei, la rememoración de lo que en ese momento él hizo por mí, me hubiera acompañado el resto de mi vida, como un sosiego, por saber que existe en el mundo un hombre como él. Hubiera vivido, como lo hago ahora, emocionada y agradecida porque hubo un hombre que, cuando estuvo conmigo, lo hizo plenamente entregado, estando presente a cada instante y acompañándome, hasta en lo más profundo, haciendo que empezase a sentirme liberada de mis densas cargas psicósomáticas. Porque, aunque yo aún estuviese tan ciega que fuese incapaz de reconocer y valorar abiertamente lo que movió para mí bajo aquel cielo estrellado, la evidencia es que mi cuerpo, y sobre todo mi útero, fue tocado de un modo nuevo. Y el cuerpo, igual que carga y somatiza todo lo negativo que recibe, también abraza y celebra las caricias y los zarandeos amorosos.

Para mí, aún dormida en una nube tóxica de pensamientos carenciales y victimistas, la frescura y el atrevimiento con que Mayei facilitó las cosas para hacerme llegar aquello que yo le había pedido, fue un soplo de aire fresco que comenzó a barrer mis viejas y polvorientas estructuras. Por primera vez no sentí miedo, vergüenza o culpa; incluso, gracias a esa fresca manera de ser suya, mi patrón terco y desconfiado empezó a diluirse de un modo que aún hoy me resulta asombroso. Y, en concreto, veo ahora que, si eso pudo darse, fue por su capacidad para sorprenderme, para traspasar juguetonamente los límites de lo convencional, y hacerme vivir cada segundo como algo sagrado. Aún me sigue maravillando cómo con él pude reírme de mis absurdas barreras mentales y comenzar a sustituirlas por nuevas y radiantes semillas de conciencia. También me enternece aún recordar el entusiasmo que sentí al ver cumplidos anhelos naturales que, de negados que los tenía, ni sabía que estaban ahí, como el dormir piel con piel, abrazados.

Cada vez me voy dando más cuenta de lo fundamental que fue la abierta y plena comunicación que Mayei practicó, y fomentó en mí también, durante todo el tiempo. Una premisa: la plena comunicación desde el primer instante, cuya importancia me recalcó al día siguiente, y que, para mí,

está suponiendo una valiosísima oportunidad de salir, día a día, a flote de los mares de inconsciencia en los que tendía y, aún, en ocasiones, tiendo a hundirme. Mayei me animó, incansable y pacientemente, a que le expresase lo que sentía en cada momento, y, concretamente, durante las interacciones más íntimas, a que también le comunicase, sin temor ni pudor, si tenía alguna necesidad o molestia. Ya sólo aquello decía tanto a favor de él, me daba tanta confianza..., la cual se fue reafirmando, con cantidad de detalles más que fue desplegando. Y, de todo lo que me transmitía, lo que más me impactó, y supondría un importantísimo regalo, fue el ayudarme a percibir cómo se iban desbloqueando y liberando mis entrañas, gracias a la atenta delicadeza y esmerado vigor que ponía en cada movimiento.

Y, desde aquel instante en el que Mayei me hizo ese regalo sin límites, fui comprendiendo que el bloqueo que había somatizado en mi cuerpo se debía al tremendo brutalismo con el que había vivido siempre mi sexualidad. Un precoz y burdo despertar sexual, una supuestamente ineludible mitificación morbosa de la pornografía, unas frecuentes, normalizadas y abusivas masturbaciones desde temprana edad, una alardeante y sórdida promiscuidad, una retorcida y chulesca bisexualidad y un sinfín de vejaciones y desprecios a lo que, con él, he ido comprendiendo que, en realidad, es lo más sagrado que tenemos. Y, aunque aún me llevaría años, y sigo todavía en el proceso, el soltar la vieja inercia hacia esa atávica agresión a mi organismo, este despertar y elevarme hacia el éxtasis trascendente y salir del hundimiento y la ceguera convulsa genital está siendo el camino más relevante y fructífero que he tomado en mi vida. Gracias a las innumerables aportaciones de Mayei a mi proceso sanador, estoy pudiendo darme cuenta de que la tristeza, la debilidad, la frustración y la insostenibilidad de mí misma y de la vida que sentía se debían a que seguía inconscientemente ese oscuro y bajo impulso. Ahora, sin embargo, al poder comenzar a trascenderlo, estoy pudiendo experimentar una dicha y plenitud mucho más elevadas y satisfactorias, además de mejorar, gracias a ello, múltiples aspectos de mi vida.

Por ejemplo, la costumbre de masturbarme después de una relación sexual, fue algo que pude ir soltando porque Mayei me clarificaba, tenazmente y sin juzgarme, ni reaccionar, el desprecio que eso significaba al hombre, a él mismo, que me estaba entregando, porque yo se lo había pe-



dido, lo que era mi más profundo anhelo. Así, con su inmensa y compasiva apertura a poner la otra mejilla, una y otra vez, he ido descargando esta y muchas otras frivolidades que había incorporado a mi patrón neurótico y carencial, como si de necesidades básicas e imprescindibles se tratara. Aspectos esenciales para la sanación de mi femenino, que, no obstante, él fue dosificando para hacérmelos llegar de manera que yo pudiera irlos digiriendo e integrando progresivamente, y, de un modo intuitivo, clarividente y también paradójico, ha ido aportándome, en cada momento, aquello que es más beneficioso para mí. Y, en la medida en que yo me he ido dando cuenta de las verdades que me indica, y las he reconocido y valorado, y también he puesto energía en practicarlo y, después, le he comunicado, con entusiasmo, los pasos que voy dando, el efecto sanador se ha ido multiplicando y acelerando. Y, teniendo en cuenta el grado de chulería extrema, victimismo y desesperación que yo movía, ahora comprendo por qué lo movió así, y el valor que tiene que no reaccione ante mis embestidas y me haya seguido dando oportunidades para que pueda verme a mí misma en mi funcionamiento y continuar soltando mis neurosis y liberándome de mi patología psicoemocional.



Despertando a lo trascendente

N

unca he sido creyente en el sentido ortodoxo. Me rebelé siempre ante los dogmas de la Iglesia. Sin embargo, algo a lo cual se podría llamar fe fue creciendo dentro de mí desde muy pronto. Era lo que ahora entiendo como un anhelo de comunión íntima, un atisbo fugaz de lo que sentía que ese encuentro gozoso podía llegar a ser. Lo vivía como instantes fugaces en los que me llenaba de una emoción muy profunda, que, no obstante, nunca sentí la necesidad de expresar, y que, por muy bocazas que llegase a ser en cantidad de cosas, guardé dentro de mí como un tesoro que, en los momentos más oscuros de mi juventud, me iluminaba, me acompañaba, devolviéndome la paz, y ayudándome a continuar.

A mí el nombre de Dios me sonaba a cuento, a invento. Me resultaba imposible creer en un concepto tan predefinido por los Evangelios. Me gustaba más creer en presencias espirituales, aunque no necesariamente divinas. Eso me resultaba más fácil, porque realmente las sentía, aunque no tuviera aún muy claro de qué se trataba exactamente. Aquellas intuiciones, sensaciones y comunicaciones sutiles fueron dejando un poso de fervor en mí, que, con el tiempo, comprendí que era algo esencialmente religioso, por muy lejos que yo me sintiese de lo que entendía que era la religión. Y, como ya he dicho, sin hablar jamás a nadie acerca de ello, fui creciendo con una realidad paralela en mi interior, que se hizo cada vez más cierta e indudable para mí.